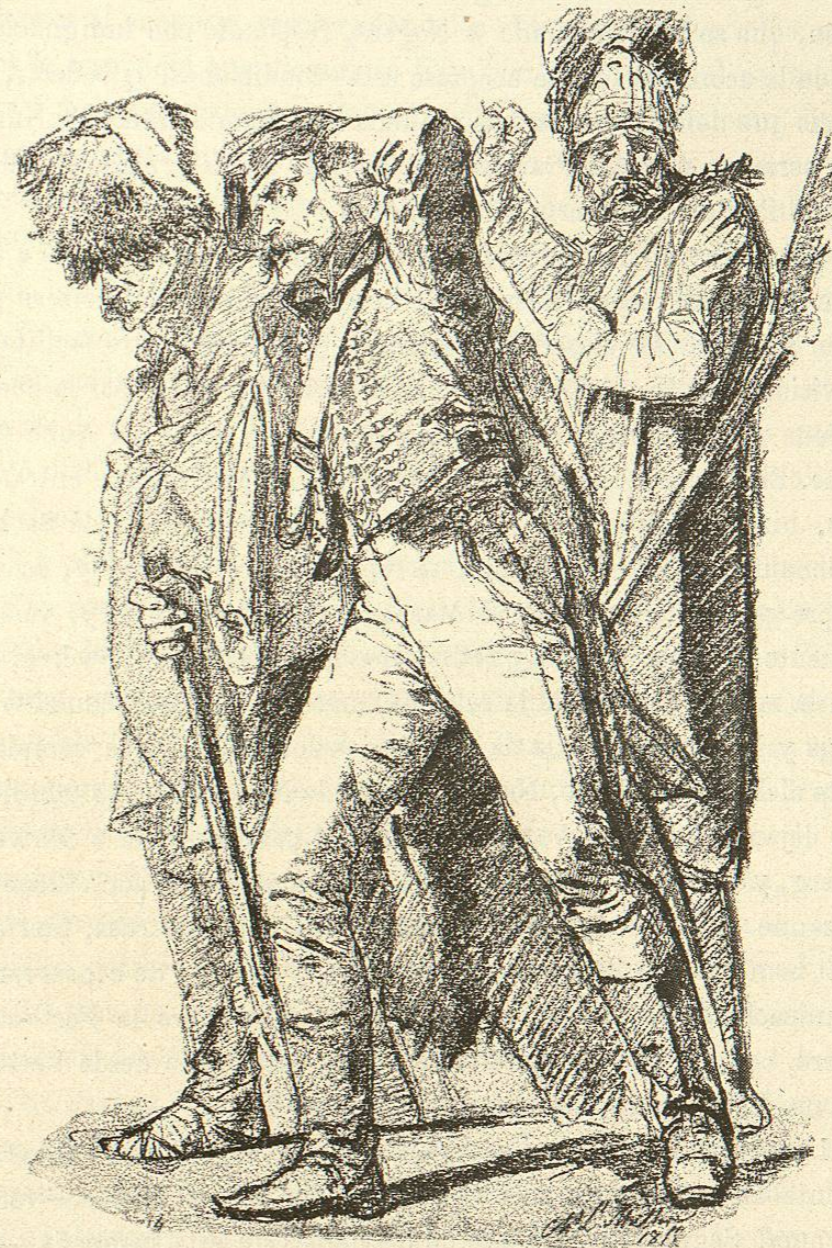


ataque de los Franceses (29 de Enero); el Emperador quedó dueño de la posición tras un violento combate, que se trabó ante las mismas paredes de la escuela en que recibiera su instrucción militar.

Los Prusianos intentaron en vano reconquistar Brienne durante la noche, pero una patrulla de cosacos, protegida por la obscuridad, estuvo á punto de apoderarse de Napoleón y de su estado mayor. «La noche era muy oscura,—dice el capitán Coignet,—y una banda de cosacos que andaba al azar buscando algún botín, oyeron los pasos de los caballos de Napoleón y de su escolta. Esto los atrajo, y lanzándose desde luego sobre uno de los generales, pudo éste defenderse y gritar: «¡Los cosacos!» Uno de los cosacos apercibió cerca de él un jinete con redingote gris y se lanzó sobre él: en vano el general Corbineau trató de impedirlo; pero el coronel Gourgaud, que en este momento estaba hablando con Napoleón, se puso á la defensiva y de un pistoletazo á boca de jarro mató al cosaco. Al ruido del disparo acudieron todos é hicimos huir á los merodeadores.» Este fué el último episodio de la jornada. «Ya era tiempo de descansar,—agrega Coignet;—todos teníamos hambre y nos caíamos de necesidad. ¡Veinticuatro horas sin soltar las riendas y sin comer! Puedo aseguraros que las tropas habían hecho más de lo que podían y se habían batido como leones uno contra cuatro.»

Napoleón creía haber podido aplastar á Blucher aisladamente en Brienne, y habría quedado vencedor; pero Blucher, batiéndose en retirada por el camino de Bar-sur-Aube, marchó á reunirse con el ejército de Schwartzberg. Entonces los aliados, con un núcleo de 160.000 hombres, volvieron sobre Brienne, y en 1.º de Febrero encontraron á Napoleón en la Rothiere disponiendo sólo de 40.000 hombres rendidos de cansancio. Disputóles, sin embargo, la posesión de esta villa durante todo un día, en el que perdió 6.000 hombres y 50 cañones, y por el puente de Lesmont se retiró hacia Troyes, en donde se unió con Mortier y la guardia veterana. A pesar de esto, los coligados quedaron engañados en su propósito, pues habían atravesado el Rhin en pleno invierno confiando en que las provincias se aprovecharían de su presencia para levantarse contra la dominación imperial, y por el contrario, fueron recibidos friamente en todas partes. Temiendo entonces haberse adelantado demasiado, ofrecieron á Napoleón nuevas

negociaciones, convocando un congreso en Chatillón. Abatido el Emperador por la derrota de la Rothiere, les mandó á Caulaincourt, con



Cartón de C. L. Muller para su cuadro: *Viva el Emperador*, (30 de Marzo de 1814), que fué expuesto en la Exposición Universal de 1855. (Museo Wicar, de Lille)

amplios poderes para «salvar la capital y evitar una batalla en la que debían aventurarse las últimas esperanzas de la nación.» Los plenipotenciarios extranjeros, agravando aún las proposiciones de Francfort,



fijaron como preliminares de la paz «que Francia debía volver á sus primitivos límites, sin que se aceptase su intervención tan siquiera para la organización de las regiones á que había de renunciar.» Napoleón, que se había retirado á Nogent, respondió con indignación á los que le aconsejaban que aceptase estas condiciones: «¿Es decir, que queréis que deje á Francia más pequeña que cuando la recibí? ¡Nunca! ¿Qué sería yo para los Franceses después de haber firmado su humillación? Prefiero la muerte á la deshonra.» (8 de Febrero).

Las faltas de los generales aliados contribuyeron pronto á afirmarle en su resolución. Después de la batalla de la Rothiere se volvieron á separar los ejércitos de Bohemia y de Silesia para facilitar su aprovisionamiento, dirigiéndose hacia París el primero por la cuenca del Sena y del Yonne, y el segundo siguiendo el curso del Aube y del Marne. Blucher, que ardía en deseos de ser el primero en entrar en París, hizo adelantarse á las divisiones de Olsouwieff y de Sacken. Macdonald, arrojado de Chalons, se replegó sobre Epernay y, acosado siempre por Blucher, pasó el Marne por Château-Thierry, volando el puente de esta ciudad y retrocediendo hacia Meaux. Sacken, que tenía la misión de cortar la retirada, marchaba en este momento por Vertus y Montmirail hacia la Ferté-sous-Jouarre. Estaba completamente aislado. Al saberlo, Napoleón salió de Nogent con 15.000 hombres, dejando 20.000 á Víctor y á Oudinot para contener á Schwarzenberg, y á marchas forzadas se dirigió sobre el Marne por Villenauxe y Sezanne. En Champaubert encontró una columna rusa, fuerte de 7.000 hombres con 24 cañones, que tenía el encargo de conservar las comunicaciones de Sacken, entonces en marcha sobre la Ferté-sous-Jouarre, con el resto del ejército de Silesia escalonado desde Vertus á Chalons. Esta columna la mandaba Olsouwieff.

Las tropas francesas se componían en su mayoría de reclutas que no contaban más de tres meses en filas. «Por todo uniforme,—refiere el general Segur, que fué uno de los héroes de esta campaña,— no llevaban más que un capote gris y una gorra de cuartel de forma especial que valió á estos pobres jóvenes el apodo de los *Maria-Luisas*. Apenas tenían jefes ni organización. Al pasarles revista el mariscal Marmont y al ver la mayoría de los pelotones sin oficiales, preguntó á uno de ellos dónde estaba su teniente. «¿Nuestro teniente? — res-

pondió una voz cascada,— nunca lo hemos tenido. — ¿Y el sargento? — replicó el mariscal.— Tampoco tenemos,—repitió la misma voz,— pero es lo mismo, no temáis, nos portaremos bien.» Al mostrarles entonces al enemigo, recomendándoles el mayor orden posible, uno de ellos le respondió que procuraría tirar bien, pero que tal vez no sabría volver á cargar su fusil.» Fué tal, sin embargo, el ímpetu de estos jóvenes quintos, que el bosque en donde Olsouwieff se había hecho fuerte fué conquistado en cuatro horas, quedando la columna envuelta y cayendo en poder de aquéllos todos los que no murieron, así como las 24 piezas de artillería de que disponía. «El mismo Olsouwieff,—continúa el general Segur,—fué cogido en medio del bosque por un soldado raso que apenas llevaba seis meses de servicio, el cual, á pesar de cuanto se le dijo, no quiso soltar su presa hasta que presentó dicho general al Emperador. Al hacerlo, pues, personalmente, Napoleón le condecoró.»

A consecuencia de esta victoria, el ejército de Silesia quedó partido en dos. Sacken regresó apresuradamente desde la Ferté á Montmirail y Blucher ordenó al general York, que permanecía en Château-Thierry, que acudiese á su socorro, al propio tiempo que mandaba reunirse las divisiones de Kleist y de Langerón, que estaban en Chalons; pero antes de que lograrse reconcentrar sus tropas, Napoleón destrozó á Sacken en Montmirail, ocasionándole una pérdida de 4.000 hombres y 26 cañones (11 de Febrero); victoria completa, pero que costó muy cara, pues en los momentos en que Napoleón carecía de oficiales para instruir á los reclutas que le mandaban los depósitos, perdió más de cuarenta en esta batalla. El general York, que llegó demasiado tarde, no pudo hacer más que recoger los restos del ejército de Sacken, con los cuales se replegó hacia Château-Thierry, ante cuya población trató, aunque en vano, de detener á Napoleón, siendo derrotado y obligado á evacuarla, retirándose por el camino de Fiume (12 de Febrero). Napoleón encargó su persecución á Mortier y á los paisanos exasperados, pues necesitaba reunirse á toda prisa con Marmont, que tenía la misión de dificultar la marcha de Blucher á Etoges y á Vertus. Marmont se había visto obligado á retroceder hasta Vau-champs, y Blucher confiaba en destrozarlo, cuando en la mañana del 14 advirtió la presencia de Napoleón, ordenando inmediatamente la



retirada hacia Chalons; pero fué perseguido con tanto vigor que perdió en ella 10.000 hombres y 20 cañones. «El príncipe Augusto de Prusia, Kleist, Kapsewicz, y aun el mismo Blucher,— dice Segur,— durante algunos momentos se salvaron de nuestros sables al abrigo de unos zarzales. Es realmente cierto que si estos jefes hubiesen sido hecho prisioneros en aquel momento, Francia se habría salvado por esta carga, si la obscuridad de la noche y los azares de tan revuelta pelea no les hubiese ocultado á la vista de nuestra victoriosa caballería. La misma grandeza del desorden los salvó.»

Blucher llegó por fin á Chalons, en donde reunió las divisiones de Sacken y de York. En seis días el ejército de Silesia había perdido 40.000 hombres y 100 cañones, pero recibía continuos refuerzos del ejército del Norte, que asomaba ya por el valle del Oise. Wintzingerode, desde Namur, se apoderó de Avesnes, Laón y Soissons (6 de Febrero). Mortier lo arrojó algunos días después de esta posición, y el triunfo del general Maison sobre Bulow le obligó á retroceder. Maison detuvo con sólo 10.000 hombres la marcha de Bulow, y ayudado por Carnot, hizo fracasar una tentativa de los Prusianos y de los Ingleses contra Amberes (8 de Febrero).

Las incesantes victorias de Napoleón sostuvieron el valor de los habitantes de la Champaña, que peleaban encarnizadamente contra los aliados, cuya conducta les había exasperado con razón.

En Friburgo, antes de atravesar el Rhin, el Czar dirigió al ejército ruso una hermosa proclama, en la que le recomendaba la conmiseración para con las poblaciones que no estuviesen fortificadas: «Al invadir el enemigo nuestra patria nos hizo mucho daño, y por ello ha sufrido un terrible castigo. La cólera de Dios le ha anonadado; no le imitemos, pues. Dios misericordioso aborrece á los inhumanos y á los crueles. Olvidemos el mal que nos ha causado y devolvámosle, en vez de la venganza y del odio, la amistad, con las manos abiertas para la paz. La gloria de Rusia consiste en destrozár á su enemigo armado y en colmar de beneficios á su enemigo desarmado y á las poblaciones pacíficas.»

Este llamamiento no obtuvo ningún resultado, y ya en la misma Silesia, que era un país aliado, los Rusos cometieron tales destrozos que el rey de Prusia dirigió vivas quejas al Czar; así que se encon-

traron en territorio enemigo se entregaron á toda clase de excesos, saqueándolo todo, sin exceptuar las iglesias ni los vasos sagrados, degollando hombres, mujeres y niños, cortándoles los dedos para sacar más fácilmente las sortijas, empleando el tormento para saber dónde se escondía el oro y las alhajas; y cuando no quedaba nada que saquear, incendiaban la población y el barrio, cuidando de llevarse ó de destruir las bombas. Los Prusianos, sin exceder á los cosacos, tomaron parte en estos saqueos y violencias, y aun algunas veces en



Entrada de los prisioneros rusos en París, después de la batalla de Montmirail. (Dibujo del Museo de Versalles)

estas mismas sangrientas escenas. En Sens duró el saqueo nueve días y al abandonar esta desgraciada ciudad el príncipe heredero de Wurtemberg, «hermoso como un joven dios,» exigió, por cruel ironía, ochenta y cuatro pares de guantes blancos.

«Una tarde,— refiere el general de Segur,— cerca de Chateau-Thierry, en Cresancy, uno de mis escuadrones, mandado por Andlau, atraído por los gritos de este pueblecillo, penetró en él al galope. El alcalde, ahorcado en una de las columnas de su cama; á sus pies, y sobre un colchón tendido en el suelo, su esposa desmayada, y en la cuna de un pequeñuelo, un haz de leña encendida: tal fué el espectáculo que presenciamos. Al propio tiempo, en los huertos próximos, los sucios cosacos, ebrios y entonando sus cantos salvajes, danzaban forzando con golpes de knut á los maridos y á los hermanos de sus